



hojas de arte y letras

6

cádiz

COLECCION «ISLA»

CARLOS MARÍA DE VALLEJO: «LOS MADEROS DE SAN JUAN». (Glosario de rondas y canciones infantiles). 2.^a edición. — 4 pesetas.

JOSÉ F.^{co} DÍAZ DE VARGAS: «SEGADOR EN EL VIENTO». (Poemas). — 4 pesetas.

PEDRO PÉREZ CLOTET: «TRASLUZ». (Poemas). — 4 pesetas.

ALEJANDRO GAOS: «ÍMPETU DEL SUEÑO». (Poemas). — 5 pesetas.

ALVARO ARAUZ: «33 CANCIONES». — 4 pesetas.

Seguirán:

VICENTE CARRASCO: «RECTÁNGULOS».

R. OLIVARES FIGUEROA: «SUEÑOS DE ARENA».

JULIO ANGULO: «VIRGINIDAD».

Y otros volúmenes de RAFAEL DE URBANO, PEDRO PÉREZ CLOTET, CARLOS M.^a DE VALLEJO, etc.

redacción:

marqués de cádiz, 5

20 FEB. 1935

ISLA

hojas de arte y letras

año 1935

número 6

Mentor: Pedro Pérez Clotet

Cifra de la mañana

Vuelan ceros en grácil primavera,
vuelan por el claror de esta mañana
sostenida de enero,
ya la nada, ya torres de creciente valor,
las torres que se olvidan de su dulce camino
para labrar collares de humanas seducciones.

Pero no, no hay país
encumbrado en el ala de una nube,
no hay simas, minas de oro, paraísos
brotados al capricho de unos ojos.

Fulgura el sol helados corazones, derrumba
la brisa oro y azul. Y tu verdad
se hace dócil guadiana por el aire.

Tu verdad—¿anchos ceros desnudos, tiernas joyas?—
llega extraña, dispersa, balbuciente,
verdad de árbol, de pájaro, de río,
de nieve, de colina, de horizonte...

Y cruje la mañana y su medalla
se cubre humos lentos, de altos mohos.
¡Y acaso entonces cruza con el viento
el brillo de la cifra salvadora!

P. PÉREZ CLOTET

PRIMAVERA EN EL CIELO

1

Existías tú, sin confines,
Toda abierta a tus promesas.
Pero no eras tú, no eras,
Eras el caos de tu conciencia.
Existía Dios y la rosa.
Existía el alba que era su lenguaje.
Existía yo, con mi deseo.
Pero no era yo, no era,
Era mi mirada abstracta.
Existía tu tacto, tu sonrisa,
Como un astro sin luz,
Como una verdad dormida,
Como una sombra,
Como una mancha en el espacio...

Y, se hizo la luz.
Tu figura, traída por mi mano,
Se hizo tangible, universo,
Forma, tiempo, ser.
Y quedé en mi muerte
Insaciable de luz,
Temblando entre el mar y el aire,
Preso en la nada de tu concreta realidad,
De tu promesa justa, azul, exacta.

2

Enredaderas de sueño
Floreían en mi alma.
Tus pies, pisaban el rocío de mis lágrimas
Y la niebla, sostenida por dos lirios,
Me hacía pensar
En esa ausencia del pensamiento hecho carne,
En ese deseo de ti, desnuda,
Que como un río de violetas,
Tu cadáver infinito
Se hizo amor en el espejo—solo—de mi vida.

¡Qué pulsación infunde
 Tu confianza pura!
 ¿Hasta dónde,
 Esos cielos de aventuras rápidas?
 La luna,
 Ha quedado detrás de nosotros.
 Ahora empieza mi cristal
 Traspasado por tus rayos,
 Por tus olas o por tu espuma.
 Empieza tu corazón
 Traspasado por mis ojos y por mis sueños.
 Empieza tu alegría
 Preseguida por mi dolor.
 Tu alegría: estrella,
 Mube, niebla, fuego.
 Y mi alma, así,
 Sangrando, agarrándose a los aires,
 Haciendo noche en las nubes,
 Llamando al sol,
 Agoniza en tu encuentro.
 ¡Ay, qué cielo tan profundo!
 Tan profundo,
 Como una vida partida,
 Como una azucena
 Que pide una verdad al viento.

Pero ya llega a mis labios
 El pico de tu nieve.
 Ya veo
 Que tus miradas son flores
 Y que tu risa se abre como un mar
 Para mi cuerpo, isla
 De tu silencio, en mí asomado.
 Y me siento morir
 En una confusión de olvidos.
 Y alejarme de mí mismo
 Sintiendo el escalofrío de tus pisadas celestiales,
 Tranquilo de que están todos mis sueños en la tumba.
 Mientras yo me alejo por tu tallo,
 Por las hojas de tu cuerpo,
 Arrojando secretos
 Mezclados con la tierra de nuestro nacimiento
 —Ya en las venas de tu cielo—,
 Fiel a tí, a Dios,
 A nuestra eternidad:
 Sin encontrarnos.

MANUEL DÍEZ CRESPO

Notas para una teoría del libro

Una nueva «voluntad de realización» impulsa el movimiento creador de una nueva cultura. Hoy una nueva voluntad de creación se dispara por el severo camino del aprendizaje. Una voluntad y a la par un peculiar procedimiento de acción diferencian material y formalmente dos tipos de cultura: vieja y nueva. Y como la mejor manera de empezar a conocer nuestra situación es la de comenzar por distinguirla de la inmediata precedente, es hoy labor que atrae en primer lugar la de separar esos dos estilos culturales de ayer y hoy. Ahora bien: como una cultura es universal en el sentido de que domina todo su ámbito, cualquiera zona de éste puede acotarse para señalar los elementos fundamentalmente integrantes y por consiguiente diferenciadores. Por ello puede intentarse tal separación sobre un fenómeno en que hubieron de manifestarse con claridad aquella voluntad y aquel procedimiento propios de una cultura ya muerta por el mundo; sobre una teoría del libro.

Todo el sentido equivocadamente providencialista y de tendencia a la fácil irresponsabilidad propia de la época del fin de siglo en que culmina el significado más privativo del siglo XIX se resume en el título cumplidamente sintomático de una serie de publicaciones breves: «los pequeños grandes libros». Sobre el problema que ellos plantean en una sociología del saber, pueden señalarse ya los valores que definen una nueva cultura en madrugada aún frente a la anterior. Es todo el problema —básico para una cultura— del significado del libro.

Colocados ante un problema de orden intelectual ciertamente caben estas dos posiciones: o esperar ante él para resolverlo la llegada súbita y momentánea de la inspiración o empeñarse en la dura empresa de irse adentrando en su nudo fundamental, desembarazándose paso a paso de los obstáculos que se presentan en la trayectoria sinceramente emprendida.

Es cierto que el camino a recorrer será enteramente igual para los dos. Ambos parten de la mentalidad humana para llegar a la creación intelectual. Pero la primera representa el procedimiento cómodo para llegar al fin, y no hay que olvidar que la comodidad se consigue en todo caso relajando el rigor y disciplina del acto creador. Significa esperar perezosamente ante la dificultad hasta que las alas de la inspiración lleven al término del recorrido a hacer, sin esfuerzo alguno por parte de quien es protagonista de la empresa. Es ganar en virtud de la rapidez de un momento inspirado el tiempo perdido en esperarle. La actividad de una cultura así va siempre «a la recherche du temps perdu» —a la busca de un tiempo perdido en revoloteos de utopía, de pereza romántica.

Pero hay dos vocaciones para el hacer en general y dentro de ello para el hacer intelectual: Vocación de cometa mudable, entregada sin gobierno al rizo de la brisa; vocación de molino de viento, que convierte en trabajo hasta las corrientes más ligeras del aire.

Quien tiene vocación, *voluntad de realización* como molino de viento, quiere llegar a lo que se busca no en volandas gratuitas por el aire de la falsa inspiración, sino andando bajo el signo de una exigencia estricta que manda hacer bien las cosas y con responsabilidad del propio acto. Se sujeta en su obrar a aquella norma que señala el camino pegado a la misma tierra donde el rumbo puede trazarse como surco sobre una dura superficie con más probabilidades de permanecer que aquel que se busca en la inconsistencia del aire de la ligera inspiración, fácil éste a desviarse.

Existe un tipo de acción espiritual, por consiguiente, que acepta el procedimiento dificultoso de avanzar mediante el trabajo que adquiere alto y doble don de esfuerzo y honradez en su marcha. Se avanza de esta manera con los pasos cautelosos del que es «aprendizaje y heroísmo» hacia la posterior consecución del saber hacer. Cuando se escribe que la dificultad importa en moral, no en arte, es hasta cierto punto aceptable la idea; pero siempre que este pensamiento no alcance más allá de los estrictos límites del acto creador, y no a toda su historia. Porque es evidente que antes de él y a lo largo de todo el proceso de un acto de esta naturaleza ha habido un esforzarse oscuro, aunque se resuelva finalmente en el gesto gentil del acto de creación artística o de cultura. (Este tema de la gracia y esfuerzo en el arte pienso desarrollarlo en otra ocasión cumplidamente).

En el período finisecular se optó con decisión terminante por el método primero y más descausado. Tal actitud indica un innegable providencialismo aunque se trate de un providencialismo sólo en el aspecto formal, jamás en el metafísico.

Es un sistema de revelación. En el fondo de los lacustres y suizos escenarios de los delirios rousseauianos puede localizarse geográficamente el acto revelador. Desde que Rousseau instauró el imperio cultural de la «voluntad general», la masa de los que tienen «ideas propias» arbitrando por sufragio universal acerca de los valores del espíritu, actúa por revelación. Mediante ella descubre un valor nuevo; mediante ella lo da a conocer ya con su aprobación.

Elegido por la «gracia providencial» de los más, el autor de uno de estos pequeños, pero grandes libros, tiene para estimar la importancia de su obra el mismo fundamento que permitió al Arcipreste de Hita escribir

Chica es la calandria e chico el ruyseñor
Pero mas bien cantan que otra ave mayor.

Así el pensador que expone su obra en estos pequeños grandes libros (o quien en ellos la lee —el lector hace la cultura a medias con el escritor—) ha encontrado en su cerebro la sorpresa de su idea exactamente igual que halla un tesoro de sonoridad en su garganta el pájaro cantor: la natural y gratuita predestinación. Por eso, precisamente, por ser figuras auténticas, típicas, de una *designación providencial* de la inspiración revelatriz, libros así ostentaban como autores los nombres de Bakunin, Kropotkine, Juan Grave, etc. Es decir, vino a recoger, y esta es demostración a todas luces del opuesto sentido entre dos culturas, la tendencia anárquica del pensar.

El pensamiento anárquico—que significa subversión, desunión, negación de jerarquías—es la liquidación de la cultura que nos ha precedido. El anarquismo es la corrupción ya purulenta de la beatería soñadora. Decía Dostoiewski que el soñador es el voluptuoso de la pereza mental. Significa el soñador anárquico, con su idealismo nebuloso, el periodo crítico de la típica enfermedad dionisiaca que se llamó «el mal del siglo». Este mal es la vaguedad aconstructiva, la vaporización del pensamiento en utopías, perdiendo toda estructura que le haga resistente, todo sistema de edificación auténticamente cultural, única morada en que pueden vivir las altas dignidades de ordenación y unidad del espíritu que desarrolla la nueva cultura.

JOSE ANTONIO MARAVALL

4 flechas de cristal

El arco tenso de mi vida juvenil ha disparado cuatro flechas que—sin rumbo doloroso—han ido a clavarse en el horizonte gris del desaliento.

La primera, hecha de alegrías pasadas, afinada por la vocación, salió una mañana de primavera; cuando el día clareaba y el tacto de agua buena del rocío hacía brillar la siembra que crecía en el silencio del campo, y en el aire se notaba la presencia estilizada y clara de una ilusión.

La segunda, cuidadosamente preparada con actitud previsoras de la inteligencia, se me escapó una tarde de agosto, cuando la tierra estaba calenturienta de deseos, y las espigas se bañaban asaltadas por un fuego viril, con manchas rojas de vida femenina en razón de un crecimiento inútil de amapolas.

La tercera, una vez estudiado el punto, ensayado el gesto y la actitud, nació al aire—asesinándolo al pasar—un mediodía sosegado y quieto de otoño maduro, cuando todo era luz y el éxito dejaba adivinar sus pasos de atractiva tentación por el pinar plagado y herido de cuclillos.

La cuarta, ya un tanto enmohecida por el fracaso, vibró dolorosamente al arrancar, y en la tarde—sin hojas ni sol—del invierno descontento y seco, cayó desvanecida.

Una tos intensa, que arrancara pedazos de garganta, retembló en la llanura. Unos ojos húmedamente bellos. Y una mano con apariencias de tal, destrozó rabiosamente el arco, en un último estertor de vida, ante las campanas de la anochecida y los vuelos circulares de una cuadrilla de grajos de pez ardiendo.

ANDRÉS OCHANDO

Flechas espumadas

Vida es
un cohete en ascensión de saeta.
Sin cabeceos
ni vertiginosidad alocada
Aquél caminar de Goethe en sus estrellas.

Blancas estrellas
—sin precipitaciones ni treguas—
en besos de azul recorriendo las órbitas invariables

Es vivir
un no mascar pretéritos de nueces verdes
en sendas y asohorados pasos recogidas
Todos jalones
¡al fin!
de vidas falsificadas. Marchitas

Falsificación:
un no habitar los palacios de cristales
Un no vivir uno mismo
¡Sin transparencia!

Hay que ser
autonave orzando vientos auténticos
para evitar los caires de vocaciones con brumas

Navegar proa a sí mismo
y hallarse en introspección

Enarbolar nuevo buque
que sereno astille alborotadas crestas de olas virginales

Vocación:
espada afilada a la existencia cierta
Rasgadora
firme y apacible
del celeste malva

Así
los luceros
son huecos enterrando las espumadas flechas
por la radical realidad del vivir esenciado

Suave brotar de la hierba para estirarse a los cielos.

JUAN PANERO TORBADO

ROMANCES

DE PROVINCIA

La tarde, muerta de guinda,
se pone, de lobo, negra,
100 estrellas de alfileres
noría de azul atraviesan
y un jaramago de luna
el perfil amarillea...
Por el aire del rosario
alabastros de cigüeñas,
círculos de cielo y montes
recortan con sus tijeras,
¡y va un dolor de provincia
colgado a la tarde muerta!...

Plaza de cales jugando
con una fuente a la rueda,
bajo los pies del domingo
todos los asfaltos tiemblan,
junta el capricho del tiempo
un arrebató de iglesia
y un dedo de campanario
tumba las tardes enteras...
Ojos antiguos de aceite
al pico de candilejas,
comadres de paño oscuro
con un romance de puerta;
voces de naipes recortan
el agrio de la taberna
donde un quinqué en plenilunio
preside 20 cabezas.

Diez de la noche: se apagan
las tertulias domingueras,
alba de almidón y encajes
la novia sin novio, inédita;
se van las niñas corriendo
por dos hileras de trenzas,
y los flamencos del vino
se salen por peteneras.

Diez de la noche: las casas
se llenan todas de puertas;
el aria de la lechuza
se enciende sobre las tejas;
cuajan el flan del silencio
moldes de calles desiertas
y van en ronda volante
piquetes de nubes negras...

Diez de la noche: la luna
lía en papeles de seda
las plazas, y el aire frío,
temblando, se vuela y vuela.

Diez de la noche: ¡qué trancel...
se ha puesto la noche enferma...,
sin médico ni botica
van y vienen los poetas...

Y por arriba: ¡la luna,
la luna, toda, lunera!...

DISFRAZADO

Encerronas de simón
con sobresaltos de esquinas;
en el hombro de la noche
brilla una gata encendida.
Manojos de 20 calles
va pregonando un turista,
ámbar de vino cansado
le sirve de pacotilla.
Las puertas se van quedando
—de estar ya juntas—dormidas,
el hospedaje de vicio
tiene la luz amarilla,
y en la cancela, avivados
espartos de celestina.
Postales de hombres borrachos
besan la bisutería,
dando al filo del tabaco
escozor de agua florida.
¡La carne cortada y joven
se empapa en sudor de guindas!...

Sotabanco, verdes cales
que cubren cales antiguas,
cartones y farolillos,
murga de trapos, bocinas;
cuchillos de gorras negras
que se salen a la esquina
mientras juntan las mujeres
rojos geranios de riña...
Vuelo de voces remonta
guirnalda de siemprevivas.
Del cielo de guardia bajan
estrellas de policía;
las lenguas de plata y concha
se callaron enseguida
y en espumas de pañuelos
ahogan, temblando, la herida...
La noche, turbia y borracha,
con sílabas de afonía
y un nudo sobre las sienas,
se tumba a dormir, vestida.

VICENTE CARRASCO

Elegía a los sombreros de mi madre

Llegaban de Valencia, pero yo no sabía de dónde—de qué país de ensueño en el que elaborábase tamañas maravillas,—y en un pequeño tren oxidado y que olía a hollín y a las acacias junto a los urinarios de las desiertas estaciones, e iban precintados en redondas y blancas cajas circulares de cartón lustrado, y en medio de la perfecta circunferencia de la tapa, y entre orlas de flores, leíase en tinta de oro el nombre evocador de Madame, y era como si Antonieta Pompadour viajara por Ágnes, con frío de sabañones y de sierras peladas. Subía las sombrereras desde la tienda un dependiente con aire de tesorero o de gran nigromante de varita mágica, pues ya en su rostro radiaba un anticipo del éxito, y en la sala de mi madre, que era de veludillo, y con las orillas de los cortinajes, en ristras de borlas de pasamanería, para el placer de los recién paridos gatos, y un centro de hierros calados en varios «étages», donde figurillas de porcelana granulada de oro, y palmeras de barniz y verde ultraterreno, siempre muertas de lozanía, creaban un mundo contra natura, bajo una lámpara primorosa de arte, simulacro de maceta fértil en lirios, regados cada día por los ángeles de las monjas paúlas, quedaban descansadas, ingravidas, sobre los brazos rituales de aquel sillón de las visitas, enemigo de los niños, fiel propulsor de las conveniencias sociales. Asambleábase la familia de tíos y tías que vivían en las casas colindantes, en los pisos vecinos, como un «clan», bajo el matriarcado de mi abuela paterna, y hasta las pobres sirvientas morunas de Benimarfull, Benicalap, Benimantell o Beniganim, tierras del higo chumbo, excepto la cocinera, que le canta al yerto pez un dúo de Franz Lehár. Y todos se frotan las manos: ¡ay, cómo será! ¡ay, cómo no será! Así, la madre, tantas veces difundió con sus dedos ese susurro de fuente de salón que hace el papel de seda! Parece que de la caja se expanden pájaros blancos que ¡quién sabe si han dormido en París, en el «foyer» de la Opera, o son oriundos del Prater de Viena! Ya los ánimos están en ese punto de saturación propicio al advenimiento de un Mesías. Sólo así, sobrecoigido el mundo psíquico de los iniciados, puede brotar lo milagroso, en paja de Italia natural, con largas bridas de terciopelo por las que ha trepado una rosa de Alejandría. ¡Oh, las rosas y las violetas! Inmarcesibles, cuando en Alcoy se aprietan las tierras, cuando están ateridos los huertos. Diluvia, y no hay flores. Tan sólo hay estrellas en las noches de nieve, y silbatos de fábrica, y campanas que doblan por el muerto, más vivo que nunca en todas las bocas, en las tinieblas pobladas de informes sedimentos. ¡Ah, los sombreros de mi madre, abrumados de rosas, colgados de guirnaldas de violetas! Cuando en los domingos abríanse los balcones para verla pasar, y San Jorge, San Francisco y San Mauro, con sus pobres pies bajo posos de incienso, deseábanla más cerca de sus altares, allí donde hasta al mismo corazón de la piedra le consuele el destierro un aura de primavera. Yo he sabido que entonces, cada domingo, detrás de los muros del Hospital, los tísicos oían cómo el galope del ardor invadía las mermadas praderas de sus venas, y que los asilados de las monjas, los pequeñuelos de las velas encendidas en torno a los negros féretros, crecen tan ignorantes que son como corderos. ¡Ah, pero la felicidad de entonces! Todos reían y ganaban dinero. ¡El vals, qué suspiros de olas, qué lágrimas de lentejuela depositaba en las orillas bobaliconas de la conciencia! El cura, el capitán, la señora, el mendigo, el obrero, cada cual en su sitio, y todos saludábanse gentilmente por la calle, como en una bien reglada dirección escénica. ¡Qué solazosa calma en las familias, en las pláticas, en la prensa, en los jardines públicos, en las fiestas rituales de los almanaques! Era—la realidad de hoy nos incorpora la imagen—la calma da la balsa vacía en la que fermenta el moño.

Y helo aquí, emergiendo de ese silencio en convulsión del pasado, aquél de un encaje sutil teñido de rosa de té disecada entre las hojas de un breviario, fugaz como esa baba primorosa de las playas en el paladar de la arena y empenachado de avestruces negras redimidas de la vil opulencia de los caballos que arrastran a los fétidos muertos y van forjando henchidas nostalgias de crujiente forraje; el lucido por las veredas de la Exposición regional como por un abanico pintado, en la que en una jaula se exhibían tres cigüeñas extranjeras, y en un teatro-jardín cantaba un lyonés vestido de odalisca, con los senos de algodón en rama, mientras servían bocadillos de frambuesa escarchados con huevos de Guinea. Por allí pasó la reina para el cotillón en un landeau todo azul, y con chapín de oro.

El otro, ¿no creo haberlo contemplado en la ocasión en que el Excmo. Señor Don José Canalejas, descendiendo por aquella escalinata tan madrileña de los dos leones, vino a visitar su provincia

de Alicante, donde los almendros le tejen un cendal a la luna a orillas de la mar? ¡Qué sombrero más bello, y cuán ampuloso! Aun vagan por las consolas aromadas con esa vida supersticiosa de las reliquias, que es como puente de melancolía por el que pulula un tráfico pavoroso con los difuntos, dos inmensas y desmayadas amazonas amarillas, tintas en los extremos, de esos intensos cuellos de los pavos, y expuestas en otro tiempo, dentro del inverosímil espacio acotado de una berlina. Era cuando los jóvenes soldados españoles, sembradores del garbanzo o aceituneros del sur, que blasfeman con sorna tras una recua de borricos, vestían rojo pantalón de paño y guerrera azul con botón de oro, y en las revistas ilustradas traíanlos torpes e ingenuos en chascarrillos de cuartel, y yo los creía felices entre sus trompetillas marciales de la retreta y sus guantes blancos de algodón para los festejos de misa solemne, allá en las horas primerizas de las tardes del domingo, cuando aun las calles están desiertas y ellos esperan ya en los bancos de los jardines en los que huele el caliente eucaliptus, a que el asueto arribe cargado de polen, pobres muchachos verdecidos a base de patata, a quienes despedíamos desde los balcones cuando se iban a luchar al Moro abominable, y allí mordían el polvo de la solitaria muerte, a la edad en que aun los novillos saltan de júbilo por los pingües pastos, y todo, como he sabido más tarde, para que un señor de refulgente chistera, quizás aquel que yo conozco y cuya mano he rozado, hinche hasta las heces los negros bolsillos de su levita con las estranguladas vidas de los jóvenes, y así su mujer haber tan primorosos ademanes, tal refinado trato, tal galanura en el ornato y en el arte del bien comer, que acaso, ¿alguien piensa en el África cuyo cielo sereno huele a sangre caliente?, ¿cómo, si en un milord charolado y abierto como una concha, puede ser paseada la tarde, con un cucurucho de bombones y hablando de la Virgen, por las avenidas de color de rosa? Cuando el policía es un ser infinitamente bueno; cuando las mujeres labradoras de las masías han de zurrarles a sus pequeños las nalgas porque no secundan los juegos de los hijos del amo; cuando la señorita heredera de cuarenta años, que no ha conocido varón, reparte entre los pobres—con preferencia a gente venida a menos—siete lotes mensuales de lencería o lanas, y así se duerme a la sombra de una fotografía del Santo Padre que la designa hija predilecta en la candorosa ciudad de Dios; cuando el mundo descansa en los inconmovibles principios del Bien y del Mal, y el anarquista no ha nacido de padres, y germina espontáneo como la maleza, y su nombre suena a ladrón de niños que en los negros antros les vierten la sangre para el amasijo de las bombas que explotarán en las áureas representaciones de gala donde cada proscenio es como un nido de tórtolas. ¿Cómo pensar en ello, cuando la amada cabeza que nos da juguetes, germina de milagro en el mismo seno adusto de Diciembre? ¡Ah, madre! Tú y yo, ¡cuán lejos en sospechar que un bouquet de violetas, tan hermoso como la tarde que se decanta, es como el bofetón a la gala macilenta de los hogares sin fuego; que si tus cabellos florecían, aun en la desolada estación de los fríos, ese vergel quimérico, grato a mi alma, estuviera escarchado de un humano rocío de lágrimas, y que una rosa postiza haga afilar las carniceras bayonetas! ¡Cuán lejos, sí! ¡Y cómo nuestra felicidad retrospectiva se nos torna ácida en la mitad del corazón, cual poncil exprimido en la miel de nuestro pasado! ¡Qué frágiles ligaduras de la sangre hácenos acariciar lo vivido y revolcarnos por las distancias como en el verde perejil las albas crías del cordero! No, madre. Desterremos tus fugaces sombreros poblados de leyendas a ese desván de los recuerdos. Que allí se incorporen al mundo obsesionante de las pálidas sombras, de los despojos deletéreos que desde el más allá fermentan en la misma orilla de nuestras sienas palpitantes de animalidad. He aquí que la vida ha cruzado por mis dominios personales salpicándome con su savia, y ¡cómo es áspero su olor! nada tiene que ver con el perfume de nuestros sedosos pañuelos. Pero en lo hondo se percibe ese vaho a tierra mojada de los pinares cuando las raíces al descubierto exhalan resina. Algo de insospechada salud orgánica, de clareza de instintos, que, como seres augustos, van cantando los himnos por dorados caminos, entre el humilde olivo y la frágil palmera. Allí, donde se capta la eterna movilidad de las moléculas, integrando el frenesí de todo lo creado; ¡ay! allí, madre mía, tú y yo, redimidos, para siempre... ¿No oyes, en lotananza, el trote acusador de tus venusinos, churri-guerescos, balsámicos, mendelsohnianos y delictivos sombreros?...

JUAN GIL-ALBERT

P O E M A S

TARDE UNICA

Vibraban las sombras:
sueño de la tarde;
de fuego encendidas
las alas del aire.

Tras la curva aquélla,
azul y más grande,
la cumbre del monte
comienza a apagarse.

El pregón del llano
vocea el ramaje:
trompeta del viento
que suena en el valle.

(Ya palpita y salta
la noche en su esmalte.)
¡Y la luna viene
llena de donaire!

RONDA INFANTIL DE LAS LAGARTIJAS

Lagartijitas, hola,
huele bien la montaña,
con el sol a escondite
jugaremos, hermanas:
¡Suba al árbol del cielo
nuestro pájaro en llamas!

Las aéreas tortugas
iniciaron su danza...
El pandero era el sol
y la brisa la flauta.
Lagartijas, saltad,
mientras el grillo canta.

—¿Cómo madruga tanto,
diga, diga la araña?
—Bien parecen tapices
(pues tenéis luminarias),
con agujas de oro
los clavé en la carrasca.

Lagartijitas, hola,
mirad, el agua baila,
y la yerba dormida
para verla, se alza...

Bicicletitas tiernas,
alegrad la montaña.

R. OLIVARES FIGUEROA

SOMBRA VIVIDA

*¡Las sombras son intangibles!
sueños.*

JORGE GUILLÉN

Entre paredes blancas,
en tí, sombra vivida,
el más puro anhelar,
desnudo de caricias.

Sombra en mi breve sueño
desvelado, de prisa.
¿Soledad? Tal vez luna
en un ángulo inscrita.

Silencio velador
entre la luz esquiva:
perfil de alma soñada:
sombra de amor herida.

JUAN RUIZ PEÑA

Nuevos Microgramas

PALMERA

Más que árbol, arquitectura
a pulso de sol y viento,
la palmera es la columna
del ajimez del cielo.

GRILLOS

Clavan su bandera azul los grillos
en el tope de la tarde
con martillitos de vidrio.

CHOPO

Moja un chopo su pincel
en la dulzura del cielo
y hace un paisaje de miel.

ZOO

Flamenco:
garabato de tiza en el charco.
Gran magnolia de espuma
sobre un desnudo tallo.

GOLONDRINA

Ancla de plumas:
En sondeos celestes
la tierra busca.

JORGE CARRERA ANDRADE

PRESENCIA ANTIGUA

Antes de que tú vinieses
ya sonaba tu llegada.
Sabía que tú vendrías
y estudiaba las palabras
con las que te ofrecería
dulce homenaje en mi alma.

Ya se cerraban mis ojos
soñando con tus miradas,
y el río de mi silencio
con el mar de tus palabras,
y la playa de tus sueños
sin conocerte soñaba.

Con la esperanza, mis mano
de tus manos se estrechaban.
Mi boca soñaba el beso
antes de que tú llegaras.

Toda mi vida adornóse
con guirnaldas de esperanzas
porque sabía segura
la dicha de tu llegada.

Por eso cuando llegaste
no supe decirte nada
y agua gozosa en mis ojos
fué cristal de mis miradas.

¿Qué iba a decirte si ya
estabas dentro del alma
sólo esperando tu carne
para lograr forma humana,
si yo te había soñado
y te tenía ya alta,
vertical, dentro de mí,
vida luminosa y clara
que se juntaba a mi vida?

Yo soñaba tú llegada
antes de que tú vinieses,
mi sangre ya te esperaba.

Si tú no hubieses venido...

Pero viniste, mañana
clara y fresca de mi vida,
yo te esperaba y viniste.
Escuchaste la llamada
de mis sueños que sabían
antes de que tú llegaras
que tendrías que venir,
que mi vida sólo estaba
esperando que viniese
tu vida y la completara.

ILDEFONSO MANOLO GIL

Ficción de los otros en mí

Estas anchuras cárdenas
comparables a ríos,
se amezquindan en sombras y distancia.
Su apagadiza realidad de vidas
nunca por mí pensadas
ya sólo en Dios existe.
Arboleda insistente,
tendales enceguecidos en la urbe se agua,
sujeción resignada de tanto destino,
en mí acaecen como un simulacro,
como una conjurada vislumbre
guarecida en un Tiempo que me miente
persuaciones de ser y que no es mío.
Esas almas las siento como afrentas.
Urge la incertidumbre de ignorarlas
y la esperanza de ser más tarde en ellas.

GABINO DÍAZ DE HERRERA

Solo y mudo

A P. Pérez Clotet en su Isla.

Luna negra
de tu vientre.
Noche blanca
de mis sienes.
Armonía del silencio,
ritmo de la oscuridad.
Sufrimiento.

Alazán de la vigilia,
aerolito del ensueño,
hormigas de incertidumbre,
pecho adentro.

Aspas del brazo impar
que se tiende al firmamento
sin llegar.

T. SERAL Y CASAS

P O E M A

(Del libro «POEMAS DE ELOCUCIÓN»,
de próxima publicación)

Si alguna vez me veo hundido,
en lo más hondo
he de encontrar la salvación de la mañana.

Quedarán en el mundo
muchas veredas todavía,
y duras tempestades
para herir mi cuerpo.

Como la mano de Dios
acarició el barro y le dió vida,
así yo quedaré salvado
por ese soplo de amor
que ha de nacer de mi pecho algún día,
cuando mis pasos sólo sean
los de un pobre caminante sin fatiga.

Y aromaré entonces mis desvelos.

Tengo deseo
de tocar la verdad con mis carnes
abandonar la cáscara de lo imposible
y hacer el mundo navegable.

Quiero
perder ya para siempre
esta fingida libertad y la calma;
quiero
estar preso del dolor
para encontrar consuelo.

¡Desnuda inclemencia,
cógeme,
hace tiempo que, temblando, te espero!

ANTONIO SÁNCHEZ-BARBUDO

Poema de la luz abstracta

¡Aquella luz pura!
¡Aquella luz silenciosa que me animaba el recuerdo!
¡Aquella luz fugitiva que me aprisionó un instante
entre perfiles de sombra!
¡Aquella luz de cristales deslumbrantes en mi sueño!

Luz sintética de espacio.
Luz clara de luna y viento
que besaste mis pupilas con tus bólicos fugaces,
que incendiaste la quimera vertical de mi cerebro
con tus blandos besos tristes,
por mis lentos horizontes...

No ha existido,
tu lluvia de azul abstracto de exquisitas palideces.
Nunca encuentro por el iris
tu color de alma cansada que se ha pintado de sueños.

Eres luz de sombras puras sobre mi ilusión tranquila.
No hay pintor que capte nunca la vibración de tu onda
—¡clara música de cielos!—
porque te creó, sereno, con fibra de soledades
—¡luz bella que nunca existe!—,
mi universo...

DICTINO DE CASTILLO-ELEJABEYTIA

FICHAS DE AYER Y DE HOY

1

Aprendíamos en la escuela primaria, en un texto de cuarenta céntimos, esto: Se cree que los esteroides de nuestro sistema planetario, que trazan sus órbitas entre Marte y Júpiter, son fragmentos de un colosal planeta que estalló.

En nuestros días ha ocurrido una conflagración semejante, allá por 1907, cuando apuntaba el arte de Julio Antonio; cuando los grandes éxitos de Machaquito y de Bombita eran; cuando Noel, *El Cuento Semanal* y Pérez de Ayala empezaban a dar señales de vida. Surgió Ramón Gómez de la Serna, que ha escrito tanto como Galdós o Balzac, planeta único de esa generación, ya olvidada, de satélites de Trigo, planeta que estalló.

Que estalló en greguerías. Los asteroides de nuestro sistema literario son las greguerías de Ramón, entre las dos generaciones, la que Guillén llama segunda generación—Ayala, Ortega, Miró—y la de él mismo, Guillén, y los poetas de la cuarta de las generaciones que conviven actualmente.

Cuando se quiera recoger su obra habrá que recoger las greguerías con las uñas, como los trocitos de un vidrio roto, y se nos iluminarán las manos de breves cristales todo filo y de recortes plateados y parecerán enjovadas. Habrá que recogerlas con cuidado porque acaso la mejor de las cuentas del collar que se ha roto esté debajo de la pata de la mesa. «Miss Greguería» a lo mejor está en un periódico provinciano. A lo peor es «Miss Orense» o «Miss Nuevo Mundo».

2

Sócrates sacaba luz de los espíritus, sacaba chispas con el acero de su interrogante sobre el pedernal del alma del interrogado. El ensayista, el crítico, saca luz de los libros, parte el sentido oculto de los libros. El crítico perfecciona al autor; valora al libro y arroja la claridad de este precio sobre la cabeza del padre de la obra. Para que un espíritu rinda todas sus posibilidades hace falta un educador—Sócrates—; para que un libro siga entera la importancia toda de su trayectoria curva, precisa que sea llevado por ella de la mano del crítico. He aquí la misión del crítico: enviar al negociado eterno de la Historia una obra. He aquí la misión del que instruye: inmortalizar a su alumno, educándole. Porque éste se ignoraba a sí mismo hasta que el maestro llegó; le desdobló y le mostró su doblez, y el autor ignora su libro hasta que la lámpara de su crítico de cámara le ayuda por el laberinto de su obra insospechado. Porque es la verdad que siempre nos estamos aguardando a nosotros mismos y a las veces quien nos trae a la presencia de nosotros mismos es un amigo.

3

Campoamor es ante todo un vulgarizador de la poesía. Como se ha hecho vulgarización de la ciencia se hace vulgarización del arte en la obra poética de don Ramón. Hay una ciencia recreativa; este epíteto de recreativa hace a la ciencia dar un salto desde Einstein hasta la hoja del alma naque. Hay un arte recreativo. El puro ingenio que ama lo intrascendente se goza en esos juegos inocentes con esas cosas profundamente serias que parecen ser el arte y la ciencia. Como los niños cuando juegan con piedras muy grandes se machacan los dedos, los espíritus frívolos a fuerza de malabarsimos y cabriolas, acaban por quedarse sin ramas, sin brazos y sin piernas, de puro andarse por las ramas.

4

Acaso sea Calderón el más lírico temperamento abortado debajo de la mole genial de su orgullo inteligente. En Calderón la lírica era agua como en Góngora y no fuego como en Lope, y así no pudo llegar a alumbrar; era una formidable fuente lírica escondida, no logrando ascender volcán acuoso, a la cima de Himalaya de su obra pesada y gigante. Por quedar frustrado este lirismo bárbaro de Calderón dió lugar a su mayor parto dramático. Lo dramático es en él un mar contra un dique, el amor contra el silencio. Debajo de este Escorial había un mar. Los monólogos de sus personajes, debatiéndose consigo mismos, son una muestra de este drama interno. Son largas cataratas líricas y son virilmente dramáticas, tanto o más que las escenas violentas de varios personajes encontrados. Esta lírica angustiosa, intermitente, provoca en la vena dramática toda elasticidad un retorcimiento barroco, como el alma torturada retuerce al cuerpo y el chorro grueso a la goma débil, y es el atormentado lírico castellano Calderón de la Barca, en la dramática del autor de los Autos sacramentales, el verdadero «monstruo de su laberinto».

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ-TRINCADO

La multiplicidad expresiva de José María Pemán

La publicación del último libro de José María Pemán—*Señorita del mar*, Madrid, 1934—brinda motivación actual para un antiguo anhelo de trazar algunas divagaciones en torno al dinamismo expresivo con que hemos visto los pasos de este poeta por los caminos estéticos, y que hizo ondear en el prólogo que se formó el propio autor en su novela *De Madrid a Oviedo pasando por las Azores* este banderín de dos colores: «Procuró mirar en todas direcciones. No tengo tortícolis en el alma».

Todo libro atrae, y pide devoción. Mas si por el libro puede llegarse hasta la llama que le dió cocción, entonces se ha obrado el milagro: no es la rosa encontrada en un bosque lo que nos llena de júbilo; es el rosal, que nos canta al oído toda una sinfonía de color por ahora y para siempre... Gracia del artista no encontrada por su obra, sino para su obra. Obra que como el rosal tendrá muchas flores, pero un solo arbusto que las fecunda y hermosea.

Partimos hacia esas islas literarias que forman el archipiélago que abarcaremos conjuntamente, libros de equipajes: amistad, prejuicios, política... En el mar cuyas olas traen y llevan espumas humanas, el archipiélago que lleva el nombre de Pemán consta de once islas: seis volúmenes de versos y cinco de prosa. Contemplando el conjunto con ese fervor crítico que nos domina en estos actos de devoción a los hermanos, percibimos la fidelidad de unas convicciones a través del tiempo, sin más objetividad artística que expresar siempre de mil modos distintos esa unidad de convicciones. No encontramos una meta anhelada, porque la meta ya se pisaba al comenzar. Aquellos versos del año 1923—*De la vida sencilla*—nos traen al paladar igual dulzura espiritual que estos últimos—*Señorita del mar*—. Naturalmente que de un volumen a otro ¡han pasado tantos años!; ¡la vida ha presentado tan distintos planos! Mas lo que en el primer volumen se leía directamente, en este último se lee entre líneas... pero, ¿es que acaso en estos pasados años no está todo, hasta la misma vida, entre líneas?... Pemán no ha apartado su atención

de las corrientes renovadoras. No se ha dejado llevar tampoco. Asimila, sorprende y razona inteligentemente lo que se va y lo que se anuncia.

Encontramos, pues, al escritor en un mismo punto humano siempre, hasta donde van llegando los ascensos y descensos con que la vida palpita; y cuya contracción y dilatación alternativa se recogen por el poeta un año en el cancionero *A la rueda, rueda...* y otro en la *Elegía de la Tradición de España*.

Esta unidad de convicciones nos presenta como fondo azul, limpio de nubes, el sentimiento cristiano de Pemán. Mas este sentimiento cristiano de Pemán no tiene nada de esos instantes de inspiración con que lo abordaban los líricos del 900, dando a un Rubén Darío motivos ornamentales y a un Villaespesa reflejos identificables con el Cristo. No. En Pemán alcanzaremos, tal vez, a encontrar—en composiciones sueltas, como, por ejemplo, sus versos al Cristo de la Buena Muerte—un cristianismo fervoroso y creyente, sinónimo al que nos da Gabriel y Galán en el «Cristo de Velázquez». Pero este sentimiento cristiano de José María Pemán en general es un átomo de ese cuerpo de convicciones donde toma impulso toda su obra. Por eso aparecen en su novela *De Madrid a Oviedo pasando por las Azores* estos renglones: «Sabe—el autor—que un *cabaret* es un sitio donde el pecado es triste y el champán caro. No le gustan al autor los medios tonos y las cosas a medias. El autor espera en Dios no ir al Infierno. Pero si va, compromete, desde ahora, su palabra de honor de que no será por ningún pecado idiota».

De este cristianismo, pues,—que nunca podrá soportar el cristianismo de las alegorías paganas de un D'Annunzio; o el cristianismo romántico, de desengaño, de un Chateaubriand; ni el circunstancial de un Heine—nacen las doradas auroras de sencillez literaria que cada día vemos recoger al poeta, anheloso exclusivamente de hacer llegar a los demás el ramo de colores que supo aprehender su mañana intuitiva. Por eso un día el brillo del rayo de sol entre el verde pinar arrastra al universo a la rueda de alegrías del corazón del poeta, para

repetir en coros angelicales aquel romance que termina:

Todo el arte de vivir
con paz y resignación,
está en saber alegrarse
con cada rayo de sol...

Sencillez que recoge toda la fuerza impulsiva de este poeta, y que por cristiana, es cristiana sencillez que hace posible que siendo Pemán orador, periodista, humorista, lírico, prosista, toda su obra se puede encerrar en esa palabra grande y solemne: *poeta*. Porque Pemán desde que ganó «su flor natural», y escribió aquellos versos: «Mi anhelo más ardiente, mi más soñado empeño,—es que los demás sueñen lo mismo que yo sueño...», y se dejó dominar por el embrujo del barrio sevillano:

Quién te quiere como yo?,
¡barrio mío, el que más quiero,
que a los otros barrios, no!

hasta sus discursos políticos; sus charlas de toros y bailes; sus crónicas periodísticas y ensayos críticos; su campanada humorística; y esta última pincelada lírica:

Aquel Faraón gitano,
cara de aceituna verde
y ojos rubitos de miel,
le dejó dicho a su madre,
que lo enterraran de pie.

lo perfuma todo con la delicada esencia poética de su sencillez cristiana, como el misterio luminoso del día, desde el gris al rosa, se perfuma con la bella esencia de Dios...

Si al concepto, a lo universal, abstractamente considerado, ninguna palabra le es propia, fácilmente percibiremos la razón para que a la unidad de convicciones de este poeta se le encuentre multiplicidad expresiva. Expresiones múltiples que el mismo poeta en su novela, que ya cité, *De Madrid a Oviedo...*, adelantándose al pensamiento de los demás, ha querido encerrar en su unidad espiritual.

«Aspiro a ser *hombre*—dice—; o si quereis mejor, *humanista o enciclopedista*». Es decir, rechaza la bohemia, semilla de arribistas en germen, exhombres en que todo sentido moral está ya anestesiado por el extremo egoísmo específico. Ser hombre. Conciencia libre. He ahí todo un programa. Ni novelista. Ni político. Ni periodista. Ni poeta... Nada de eso, ¡y todo eso! Conciencia libre. Hombre. Ideal por el que Zola escribió en los libros mercantiles como empleado de escritorio en la Casa Garnier, antes de escribir en los libros de múltiples ediciones; y Mallarmé da clases de inglés en un Liceo; y Unamuno es catedrático de griego... Y como José María Pemán no quiere ser novelista, ni político, ni periodista, ni poeta... sino conciencia libre, que un día se expresa en verso y otro en prosa; un día en discurso y otro en crónica; un día en novela humorística y otro en poema teatral, porque — podemos decir en un andaluz filosófico—«le da la gana»; sería tarea inútil querer firmar al margen de este último libro, *Señorita del mar*, itinerario lírico de Cádiz, unas notas críticas mojando la pluma en fintero preceptista, cuando el artista formó e hizo su labor por obra y gracia de la expresión forjada al choque de sus convicciones y la vida, dando literariamente su sencillez cristiana ora en versos, ora en prosa, según la vida le llamó en la prensa, en la tribuna, en el libro, o en el teatro...

Toda la obra de Pemán, tiene, por tanto, una recta ideológica de separación definitiva. Hay que estar con él o enfrente de él. Mas unos y otros tienen que reconocer la limpieza del juego literario y su valor positivo; doblegándose la pluma del crítico en estos casos, para dejar paso libre a las muchedumbres que aclaman entusiasmadas al orador, y al poeta, y a los libreros que dicen que las obras de Pemán se venden... notas que ya de por sí solas van haciendo la crítica a los discursos, versos, novelas, ensayos, artículos, de este escritor que no aspira a más que a ser una conciencia libre. Hombre.

RAFAEL DE URBANO.

T. S. H.

«COLECCION «ISLA»

Ultimamente han aparecido en nuestra Colección dos nuevos volúmenes: *Impetu del sueño*, de Alejandro Gaos y *33 Canciones*, de Alvaro Arauz y la segunda edición de *Los Maderos de San Juan*, de Carlos María de Vallejo.

Alejandro Gaos no es un seco versificador, un algebraico poeta de heladas fórmulas. Su poesía tiene temblor humano, está regada de caliente sangre, que la vivifica y colorea. «Soy de los muchos que creen—escribe en el prólogo de su último libro—que el arte necesita buscar en las entrañas vivas de lo humano, si es que ha de ser trascendental y por lo tanto permanente». Con estas palabras define Gaos todo el sentido de su obra. Que viene a ser una ardida réplica a esa teoría de hace unos años de la deshumanización del arte. *Impetu del sueño* es un libro de poeta ya maduro. Demuestra—comparado con *Tertulia de campanas*, que le precedió—un pulso más sostenido y sereno, si bien en aquel otro hay, acaso, mayor vibración lírica. Alejandro Gaos ha logrado perfilar su propia personalidad en el actual friso de poetas españoles. Lo cual no es poco en esta hora de tanta poesía cuajada en moldes tan abrumadoramente idénticos.

De otro tipo es el poeta Alvaro Arauz. Sus *33 Canciones*—que responden a dos únicas motivaciones: mar y campo—son leves, finos, de intención marcadamente folklórica. Es ya difícil, peligroso, hacer poesía popular. Por ahí cruzan los aires ritmos casi irresistibles, que es muy difícil esquivar. Esto no obstante, Alvaro Arauz, sin salir completamente a flote de tales peligros, de tales pegajosas influencias, ha logrado un indudable acento original, que demuestra sus excelentes condiciones poéticas, y su capacitación para poesía de más alto empeño. Porque sería absurdo encasillar por este primer libro a Alvaro Arauz como poeta popularista. Precisamente hemos tenido ocasión de conocer algunos poemas hechos con posterioridad a *33 Canciones*, que responden a muy diferente técnica. Poemas de apretado contenido y sólida arquitectura, que vienen a confirmar lo que decimos.

Por último, hemos de referirnos sucintamente a la segunda edición de *Los Maderos de San Juan* (glosario de rondas y canciones infantiles), de Carlos María de Vallejo. Es raro tratándose de un libro de poesía la segunda edición. Ordinariamente los libros de esta índole se marchitan ante la general indiferencia de las gentes. Y más hoy en que la pública atención corre absorbida por temas de palpitante actualidad. Por eso hay que subrayar con sorpresa el caso de este libro de Carlos M.^a de Vallejo, que hay que achacar a sus muchos méritos. Oportunamente nos ocupamos de los *Maderos* con el elogio que merecen. Añadamos sólo ahora que las nuevas composiciones poéticas que el autor ha añadido a su glosario al reeditarse, así como las novedades pictóricas y musicales que lo ilustran—destaquemos de entre ellas un magnífico retrato del poeta por Genard Lahuerta—le prestan nuevo encanto y acrecientan notablemente su interés.

ROMANCES JUDEO-ESPAÑOLES

En un folleto breve de extensión pero rico de contenido: *Aportación al Cancionero judeo-español del Mediterráneo oriental*, ha publicado Guillermo Díaz-Plaja un fragante manojo de romances españoles—de venerables romances en que los sefarditas desfilan sus nostalgias del viejo solar—recogidos principalmente en Smirna, Salónica y la isla de Rodas. Debajo de cada romance se anotan los vocablos alterados e ininteligibles, preferentemente los turcos, y en un breve estudio que precede a los textos, se anotan también, en cuanto a los romances ya conocidos, las fuentes indispensables para su estudio comparativo. Lo más interesante del folleto lo constituyen seis fragmentos de romance—recortes líricos los llama el colector—, completamente inéditos, recogidos de diversas fuentes orales en Salónica. Díaz-Plaja dice que habrá que hacer un estudio más detenido de estas versiones judeo-españolas, que constituyen tan inapreciable tesoro. El, con su probado tacto crítico, con su fina voluntad erudita, lo podrá hacer magníficamente.

«SOMBRA INDECISA»

Estaba muy desacreditada la tristeza poética. Se había hecho sinónima de cosa cursi y ñoña, propia sólo para señoritas sentimentales, de esas que llevan el corazón a flor de ojos. Pero he aquí que la poesía nueva ha hecho el milagro—uno de sus muchos milagros—de rehabilitar la honda tristeza del alma para hacerla carne de auténtica poesía. Para servir de limpia y fecunda inspiración. Así un poeta de tan moderna y depurada sensibilidad como Arturo Serrano Plaja puede hacer de tristeza la poesía de su reciente libro *Sombra indecisa*. Embozarse en ella como en una negra capa, conservando sin embargo, sereno y claro, su corazón. En *Sombra indecisa* nos da Plaja su poesía: su tristeza. En esa sombra donde las estrellas no florecen sin esfuerzo y los mejores mediodías hay que buscarlos entre largos eclipses. Entre leves insinuaciones de luz, que pasa un momento ante nosotros con su esencia mercurial, con su breve ala en huida. Y es que Serrano Plaja, desde su juventud enfiebrada de anhelos de perfecciones, sólo persigue ese escorzo difícil, ese sentido entrañable de las cosas, que no se deja ver sino en aletazos subitáneos. Por eso cuando busca el amor, su soñado amor, lo anhela tan difícil, tan puro, que no logra encontrarlo ni

asomado en la ventana de una risa,
ni en el celeste vergel de primavera.

DOS LIBROS EN UNO

Dos libros en uno: *Introducción al psicoanálisis y Quejumbre hacia Dios*. Su autor: Teófilo Ortega, el joven y fecundo escritor castellano. Dos libros distintos, pero con una estrecha ligazón temática. Teófilo Ortega, que tanto gusta de los asuntos de rostro grave y sesudo, ha buceado esta vez en las teorías freudianas, esas teorías que hacen de lo sexual, de la libido, el origen de todos los impulsos humanos. Y partiendo de ellas, de las que se muestra fervoroso adepto, ha trazado unos interesantes comentarios, siempre en esa temperatura pasional en que él hace sus obras. Y va más allá. Considerando imperfecto el mundo en el aspecto sexual, que es como decir, situados en plena región psicoanalítica, en todos sus aspectos, pretende, en pista de ironía, poner a la obra del Creador su fe de erratas... Pero no hay que alarmarse demasiado. Al fin, lo que anhela el autor, hombre profundamente espiritual, es que se depure el basto mecanismo sexual, que se purifique de sus imperfecciones. Que el goce sexual «no hunda, sino eleve». Lo que el autor desearía es que aquél no residiera solamente en la carne, como ahora, sino principalmente «en los ojos, en el cruce de mirada, en el fuego de las pupilas»... Por eso termina con una sentida invocación a la Virgen, precisamente por haber ella concebido, según el dogma católico, sin pasar por las impurezas del acto carnal. Con entera sinceridad, no nos gusta esta nueva obra de Teófilo Ortega lo que otros libros suyos anteriores, aun reconociendo las bellezas—de pensamiento y de forma—que contiene. En vez de temas como los tratados en ella, celebraríamos que el laureado autor prosiguiera haciendo esas magníficas exhumaciones, esas certeras revisiones clásicas, como las de Jorge Manrique, Santa Teresa, la Celestina—oportuna y cumplidamente elogiadas por nosotros—, páginas que son las que principalmente le han conquistado en tan corto tiempo un tan revelante lugar en nuestras letras actuales.

«PRIMAVERA EN CASTILLA»

Primavera en Castilla tituló José María Salaverría un bello ensayo, que antepuso a *La Voz del paisaje*, de Teófilo Ortega. El P. Félix García, bien conocido tanto por sus libros y ensayos como por haber sido el traductor y magnífico prologuista de Pfandl, Guardini, Bickermann—ha utilizado el mismo título para rotular un librito de ensayos, dedicados a los mencionados escritores, a Concha Espina y a Francisco Valdés. Se trata de un libro de ensayos en simpatía. Aunque alguna vez sus páginas se estremezcan con un fino cosquilleo de ortigas. Ensayos encendidos de ese peculiar fervor y entusiasmo—ese fervor y entusiasmo que se echa de menos, aunque parezca paradójico, en tantos escritores—que el ilustre agustino pone en su oficio de crítico literario. A la luz que el

P. García proyecta sobre los escritores estudiados, la figura de estos se recorta en precisos perfiles y su obra se descompone en sus justas valoraciones. El P. Félix García, siempre comprensivo, siempre atento al movimiento intelectual español y extranjero, y en quien halla siempre cordial acogida y noble ademán todo nuevo intento artístico, debe servir de ejemplo para muchos críticos encastillados, por vanos prejuicios, en una lamentable incompreensión y cerrilidad. El P. García ha dedicado no hace mucho un largo estudio crítico a la obra de Marañón sobre Feijóo. El laborioso y cultísimo agustino representa en nuestros días aquel espíritu liberal y abierto de Feijóo. Como a éste, las paredes de su celda no le impiden al P. Félix García recibir y acoger con limpia atención todos los aires de novedad que revolotean por el mundo.

«JUBILOS»

De cuando en cuando se levanta por ahí un vuelo de hostilidades hacia el llamado «poema en prosa». Bien justificadas por cierto. Ya que se trata de un género híbrido, erizado de dificultades, y cuyo perfecto logro, se hace, por tanto, bien difícil. Pero por esto mismo, cualquier acierto en este sentido, debe subrayarse con el máximo elogio. Y este es el caso de Carmen Conde con su bellissimo libro *Jubilos*. En el cual la autora ha conseguido escalar la excelencia del género. Teníamos aún en el paladar el grato sabor de aquel *Brocal* de hace unos años, donde ya apuntaba esa buena disposición de Carmen Conde para el cultivo del poema en prosa. Ahora en estos *Jubilos* recientes, aquellas felices disposiciones han granado ya en insuperable maestría. Su lectura es un dulce halago para los sentidos, así por el delicioso mundo escogido por la autora—del niño a la rosa, de la rosa al caballo, a la barca, al molino... y al viento del molino, de la barca, de la escuela, de la casa vacía, de la terraza, del castillo—como por la pericia con que por él nos lleva su experta mano. ¡Con qué gracia y novedad de expresión! ¡Con qué minuciosos ojos de simpatía! ¡Con qué preciso y armonioso fervor lírico! Un magnífico prólogo de Gabriela Mistral y unos encantadores dibujos de Norah Borges completan la delicia de *Jubilos*, libro que quedará ya para siempre en nuestras letras como defensa y justificación del poema en prosa.

«RELOJ»

Poesía en equilibrio se podría llamar la poesía de Alfredo Marquerie contenida en su reciente libro—libro de gran poeta, justamente premiado en el Concurso Nacional de Literatura—*Reloj*. Equilibrio entre lo clásico y lo moderno, entre la orquestación grave, de tradicional raigambre y la fresca motivación actual, sincopada y vertiginosa. Poesía de variedad, de múltiples registros y modulaciones. *Reloj*, libro ¿de qué hora? Libro en giro, en sucesión, que va marcando esta, aquella hora del poeta, sus horas sentimentales, espontáneas, sin sujeción a una cronometración oficial, impuesta por el último meridiano en activo. Cancioncillas fáciles, dejos populares, esbeltos, romances, sonetos tallados en retórica perfección. Una punta aquí, la otra allí...

Amor se llama
al hábil disimulo del hastío.

Y en seguida:

...las rumbas cubanas
endulzan con sus cañas
a los cinematógrafos.

Pero si este bellissimo *Reloj*, de Marquerie, marca tantas y tan variadas horas líricas, puede decirse que todas, en último extremo, alumbran esa hora romántica—o neorromántica—que por lo visto va rigiendo, en nuestros días, muchas de las mejores existencias poéticas.

«CANCIONERO MOZO»

Recibimos *Cancionero mozo*, de Eleazar Huerta, uno de los poetas jóvenes de Alabacete caricaturizados con perfiles de simpatía y amistad por José S. Serna, en sus *7 caricaturas literarias* y uno de los editores de la revista *Agora*, que ve la luz en aquella ciudad. Creemos que *Cancionero mozo* será el primer libro de Eleazar Huerta. Así nos lo da a entender ese incierto temblor en que están cuajados sus poemas. Poemas que cantan el mar, el amor, la luna, el campo, la meditación... Que cantan estos temas eternos con una sensibilidad un poco retrasada, que a los más se asoma al clima rubeniano. Lo más nuevo del libro está en la parte titulada «El campo», donde, como en «Mocedades de abril», hay frescas imágenes y un grato sabor de fruta joven. Esta parte debe servirle a Huerta de propicio puente para saltar al campo poético moderno, a la poesía que pide la hora presente. Pensamos que ya se ha decidido, después de haber leído alguna poesía pu-

blicada con posterioridad a su libro. Y mire el amigo Eleazar Huerta estas frases, dichas sin ninguna pretensión aleccionadora—Dios nos libre de ello—, como estímulo para su futura labor. Precisamente porque es lástima que poeta tan bien dotado como él se agarre conscientemente a una estética ya pasada. Precisamente por todo lo bueno que encontramos en potencia en su *Cancionero* y que deseamos verlo pronto desplegado en vivas realidades.

«DIOS EN LA CIUDAD»

Joaquín Romero Murube, gran poeta, gran escritor de Sevilla, nos da en *Dios en la ciudad* una serie de estampas finísimas, verdaderamente bellas, de la geografía espiritual de su ciudad. El barrio recatado, el silencioso compás conventual, las fiestas—tan adentradas en el corazón de todo buen sevillano—del Corpus y la Pureza, la Semana Santa, con sus imágenes maravillosas y el emocionante cortejo de fervor popular que suscita... Poco a poco va Romero Murube alzando su poema—su poema hecho de profundidad y de originalidad—a Sevilla. Lo comenzó con *Prosarios*, lo siguió con *Sombra apasionada*—donde junto a una zona líricamente pura, dejó algo de lo mejor que Sevilla ha inspirado en todos los tiempos—, y ahora lo ha continuado felizmente con *Dios en la ciudad*. Ahora en un tono más sencillo, más popular, como para que este libro pueda ser entendido por todos, como para que a todos les pueda servir de breviario de limpio sevillanismo. Claro que tratándose de un escritor como Romero Murube, de estilo tan personal y rico, cuya «prosa purísima» como dice bellamente Adriano del Valle—es un afluyente de Bécquer y de la Giralda, de lo poético y de lo arqueológico, del pensamiento y de la piedra», su pequeño gran libro tenía que estar, como lo está, esculpado de gentiles imágenes, cuajado de esos ingeniosos esguinces tan peculiares en su autor. En *Dios en la ciudad* ha querido poner, sobre todo, Romero Murube lo mejor de su alma sentimental y devota; lo mejor de su fervor de sevillano; el temblor de su más pura y profunda fe. Un temblor callado y vivo, como el de esos cirios—ardor, claridad, firmeza—que anualmente vigilan el prodigio de la Semana Santa sevillana.

«HERMES, EN LA VIA PUBLICA»

Después de *El campo, la ciudad, el cielo*, original libro de poemas, y de *Efectos navales*, relato en el que el autor coleccionara playas raras, imposibles, como quien colecciona insectos, clavándoles el alfiler de su fino humor, Antonio de Obregón ha querido embarcarse en la arriesgada empresa de una novela grande: *Hermes en la vía pública*. El Hermes obregoniano, protagonista de su novela, con el que reaparece ante nuestros ojos modernos el *Hermes* mitológico, cae de las nubes y representa «la ambición, la fiebre de éxito, de «buena estrella», la pasión por la fortuna, bajo el sol de los millonarios». Para colmar sus ambiciones no respeta barreras, sino que, audazmente, despreocupadamente, va arrancando al mundo sus éxitos de amor, de gloria, de fortuna, como el *Hermes* antiguo un día le robará a Cupido su carcaj y otro a Marte su espada. Así como en *Efectos navales* Antonio de Obregón se propuso coleccionar playas, en *Hermes, en la vía pública* ha querido coleccionar los gestos, los esguinces, las esquinas y recovecos del alma moderna. Su propósito ha sido hacer una novela «de ritmo rápido y vertiginoso, un libro propio del momento en que vivimos». Y así en forma cinematográfica van desfilando tipos y escenas ya hincados en la realidad, ya inmersos en alucinantes mundos de lo inverosímil. *Hermes, en la vía pública* está escrita como debía y tenía que estar: en un tono vivo y jovial; en un estilo cortado y ágil, lleno de imágenes expresivas y escapes paradójicos... En suma, el nuevo libro de Obregón es una magnífica confirmación de sus grandes dotes novelísticas. Con ansiedad aguardamos nuevas obras suyas, que como de autor ya situado en ese difícil camino de la perfección, han de ser nuevos éxitos para él y exponentes magníficos de la vitalidad y del esfuerzo de la nueva generación literaria.

«ANTOLOGIA»

Los amigos de Andrés Cegarra, el gran escritor murciano, han recogido en un pulcro volumen—nuevo acierto de «Ediciones Sudeste»—un puñado de sus mejores prosas. Preceden a la antología unas palabras de Antonio Oliver de justificación del libro y una rápida nota biográfica por Carmen Conde y María Cegarra, hermana ésta del antologado. No es Cegarra fuera de su tierra lo conocido que su excelsa calidad merece. Por eso esta *Antología* será para muchos un hallazgo: el hallazgo de un lírico exquisito, de un brillante narrador, de un fino y hondo paisajista. Triste fué la existencia de Cegarra. Una minadora y prematura enfermedad, que luego la ceguera hizo más cruel, le retuvo preso en su tierra nativa sin poder desplegar las alas por el mundo. Esto no

obstante, apenas se transparenta en su obra el dolor, físico y moral, que le atormentaba. Su dolor se hace, cuando más, suave nostalgia, elegante melancolía. Los continuos sufrimientos no llegaron a agriar el alma serena, franciscana, de este poeta en prosa, amiga de las claras auroras, del azul y la luna, del alto lucero—no sé si un beso o una rosa—; su alma sensitiva y romántica, que volaba hacia las montañas bellas en la lejanía, y olvidaba sus torturas oyendo en la soledad de su retiro, traído por las ondas, un melodioso ruiseñor en los bosques de Londres...

«AUSENCIA»

«Diario en doce fechas» subtítulo el autor, Arturo Zabaleta, este fino librito recientemente publicado. Doce fechas que son doce lágrimas que resbalan por sus páginas como por un cristal esmerilado. Lágrimas de ausencia, de soledad de ausencia, de esa íntima tragedia de quien vive gozando con el gozo del ausente, y al mismo tiempo queriendo ahogar la soledad de su alma, esa soledad redonda, densa, invasora como un ancho mar de aires y nadas. *Ausencia* es un bello poema de amor, que trae a las letras contemporáneas una nueva voz, cálida y delicada, depurada y prometedora.

P. PÉREZ CLOTET

«SAN ALEJO»

En este primer libro de la «Pen Colección» nos ofrece Benjamín Jarnés una nueva versión de un tema—la leyenda de San Alejo—de bella y firme tradición literaria. Vuelven a cobrar vida expresiva los principales personajes, Alejo, Eufemiano, Aglae, Adriana y aparecen algunos otros de nueva creación, Lampio, Sedulio, Dictinio, los amigos de Alejo, Publio el Apóstata. Aquella *Vida de San Alejo* refugiada en las páginas de la *Revista de Occidente* pugnaba por evadirse de ellas y pedía el más extenso espacio de un libro donde desarrollarse con plenitud. Así ha sucedido y en esa revisión a que Jarnés somete sus libros de juventud ha crecido en interés y belleza este *San Alejo* actual merced a los nuevos capítulos que como el titulado «Venus enlutada», de tema audaz y sugestivo, y el del «Arquitecto», constituyen la aportación que el escritor de hoy añade a la leyenda. Corre por todo el libro la prosa fresca y viva de Jarnés, esmaltada de imágenes—mostrando su belleza engarzada en el arte del narrar y construir. Constituye Alejo la figura principal y casi única. El y su original santidad llenan el libro. El resto de los personajes en tanto viven en cuanto sirven de fondo o de coro humano para que al frente de él cante Alejo su aria de leyenda, tratada por Jarnés con un sutil humorismo—mezcla de cariño y burla—que va subiendo de tono en el libro para terminarlo con una cabriola desconcertante.

«FIN DE SEMANA»

Ricardo Gullón inicia sus publicaciones con esta novela inacabada que titula *Fin de semana*. Como obra de juventud desigual y variada. Hay momentos en que la acción y la trama parece que van a perderse. Pero no ocurre así. Lo que pasa es que se van afinando al estilizarse tanto que se convierten en poemas en prosa independientes. Contraste vivo entre el cinematográfico desfile de todo lo exterior—la oficina, el tranvía, la calle—y el más lento de las relaciones entre Elsa y Andrés, protagonistas de un vivir narrativo. Difícil el intento de Ricardo Gullón, que vence merced a la prosa suelta en que está construido *Fin de semana*, de tonos alegres y vivos y que en alguna ocasión da pie al nacimiento solitario de una frase desenfadada. Modo literario moderno cuya ascendencia y trayectoria es de todos bien conocida. Libro de interés éste de Ricardo Gullón, al que ya conocíamos por su buena labor en las jóvenes revistas de España, y de quien esperamos que vaya afirmando su personalidad literaria en obras sucesivas en la seguridad de que no ha de defraudarnos.

«MEDITACIONES POLITICAS»

Pequeña y variada antología de la obra de Angel Sánchez Rivero son estas *Meditaciones Políticas*—pertenecientes, también, como la novela antes comentada, a la «Pen Colección»—que van precedidas de un emocionado prólogo de Jarnés, en el que se fija la silueta del autor, desaparecido hace cuatro años y que, como es corriente en España, no se han dado cuenta de su valor hasta después de su muerte. Componen el libro el famoso «Correo de Venecia», que constituye una de las páginas más personales y poéticas del autor. Todo el secreto, la elegancia y la leyenda de Venecia quedan expuestos de una manera francamente admirable. Pero es que además estas páginas pueden servir de modelo para todos aquéllos que intenten escribir acerca de una ciudad, o simplemente quieran ahondar en el espíritu de la misma. Porque de una manera atractiva va saliendo toda la historia de Venecia tomando co-

mo base su emplazamiento. Evocación emocionada y perfecta de la figura de Nietzsche. Procesión de las sombras de los Dux. Esplendor y decadencia de Venecia fundada en su actitud de apartamiento. Formas suaves y discretas de gobierno en la República. Viene después un ensayo sobre el mediano libro de Andrés Maurois «Vida de Disraeli», modelo de crítica en el que se observa cómo de un libro mediocre cuando la crítica del mismo la hace una persona inteligente puede convertirse en páginas de más valor que las criticadas. Y se cierra el libro con unos estudios inéditos sobre «Julio Cesar», «Los dos Napoleones», que salen bastante mal parados de las manos inflexibles de Sánchez Rivero, «Las Nacionalidades», de enfoque personal sobre tema tan sugestivo, «El porvenir político de la civilización», «Democracia, masa elite». El libro viene a ser como un adelanto de las obras completas que prepara su viuda, la Doctora Angela Mariutti, cuya inteligente labor nos complacemos en alentar y agradecer.

«LA CONSPIRACION DEL DUQUE DE HIJAR»

Se va perdiendo la afición a la historia y por ello sus muciosos investigadores son cada día menos. Los eruditos tropiezan con tiempos difíciles para su labor. De ahí la dificultad de encontrar un libro como éste de Ramón Ezquerria (Premio Nacional de Literatura—Sección de Historia—1934. Solamente al leer en la obra el Índice Bibliográfico de obras consultadas que pasan de doscientas cincuenta, sin contar manuscritos, cartas y demás documentos sueltos, se puede adivinar la justicia del premio concedido y el interés que reviste. Porque Ramón Ezquerria sobre un intento separatista de la Historia de España, allá por los años de 1648, ha levantado y reconstruido no solamente los personajes que intervinieron en la conjura del Duque de Hajar, sino también sus antecedentes y sobre todo lo de más mérito para mí, o sea el ambiente tanto político, como literario y artístico de la época. Con ello ha dotado a su obra de un elemento raro en esta clase de escritos, o sea el interés. Personajes como Padilla, Sor María de Agreda, Góngora, Gracián, en un desfile pintoresco y muciosamente acotado, van pasando ante los ojos del lector, paralelamente a la trama que sirve de fondo y tema al libro. La parte jurídica del mismo también tiene un interés destacado que se aumenta al añadir la copia de la sentencia y del tormento que hacen revivir las formas—no ciertamente muy corteses—de la justicia de la época. El libro está escrito en un lenguaje sencillo y ceñido y es merecedor de una atención y de un elogio como exponente de una labor cultural verdaderamente notable.

A. OCHANDO

«CANTOS DE LA PALABRA ILUMINADA»

De la garganta privilegiada de este pichón de alondra que se llama Estrella Genta, han salido los trinos cromáticos que componen estos bellos poemas de originalísima roturación. En los frescos y frondosos jardines montevideanos (jaula de ramajes vistosos y floridos de Juana de Ibarbourou) ensaya sus primeros vuelos líricos esta poetisa de concepción, encasada en los secretos de la nueva arquitectura, con personalidad que asombra y emociona. Su misticismo panteísta pone un acento potencial en la forma y el concepto, extraña cualidad en un alma juvenil, que le permiten intuir con sentido humano y hondo la imagen, aunque lleve vendados «los ojos con un jirón del cielo!»...

Entra en la vida, mirándola sin miedo, porque sabe que su palabra iluminada es dueña de todos los horizontes; porque ya es todo suyo, suyo! Y si la desilusión prematura le impidiera su paso por la tierra, sabe que

El cielo del estío es un campo de estrellas
brotando al alejarse los ciervos invernales
y en el que cada noche aumenta la cosecha.
Hermanos labradores de todos los lugares:
si nos negaron campos, cultivemos estrellas!

Es este el acento elevado y el pensamiento sereno que juega con giros llenos de gracia e intensa vibración en todas sus páginas felices.

«COLINA DE LA MUSICA»

En ese monte Montevideo, en el que el Parnaso ha establecido su filial más prestigiosa, la voz de los poetas uruguayos deja oír sus más sugestiones armonías. Julio J. Casal, el poeta de *Arbol*, dueño ya de un inmenso bosque de poemas, lanza su música en la colina. Libro fuerte en imágenes, de depurado firismo moderno en la composición y de conceptos elegantes, afianza su reputación de poeta consagrado. Su poesía vuelve a recogerla en su cantar el pájaro,

Y torna el horizonte
a tener tu alegría
y claridad
más honda todavía,
colina de la música
que hizo más pura el mar.

En España, donde Casal tiene un puesto entre los indígenas, estos nuevos poemas de la más pura esencia espiritual, reciben merecida resonancia.

«LIBRO DE PAUSAS»

«Sobre todos los mastiles y todos los pretiles», Cipriano Santiago Vitoreira, poeta de la nueva generación uruguaya, diestro en la polémica y en el combate literario, abre su pausa para concentrarse en la elevada espiritualidad del lirismo. Fruto de tal recogimiento, es el volumen cuyo título epigrafa esta nota, ilustrado con acierto y visualidad novísima por Norberto Berdía. Poemas celebrables en su mayoría, acusan en su fondo un sentido humano, transparente y claro, pese a su orientación renovadora de los viejos cánones escolásticos. Vitoreira tiene personalidad propia y ensaya en frases libérrimas su afán creador y constructivo. En este Meridiano del litoral levantino, hasta la blanca isla gaditana, por lo que su libro tiene de océano, de luz, de viento y de nube, le decimos que sí que ha podido.

Llegar con su alegría, como el mar a la orilla...

«TESEO»

Eduardo Dieste, el venturoso quevedista que hace poco reeditara las andanzas de *Buscón poeta*, libro de grandes valores literarios en su diversidad de temas, nos ofrece bajo el rótulo de «Teseo», el héroe griego vencedor del Minotauro, una magnífica lección de lógica del arte, examinando con depurado sentido estético, el «Drama de la Pintura», cuyos personajes son la Luz, el Color y la Forma. Las aportaciones son de un valor incuestionable para los artistas, aunque como Franz Roh, no de valor especial al título de su obra.

El clasicismo, el impresionismo, el cubismo, el futurismo y el expresionismo, son examinados en estas lecciones de estética, con elegancia y elevación de conceptos. La serie de estilos pictóricos que se señalan, dan a este libro un valor fundamental para el estudio e interpretación de escuelas. Hay en él ideas originales, apreciaciones personalísimas y conocimientos básicos que acreditan la justa reputación del autor, tanto en España como en América.

«LUIS ALVAREZ PETREÑA»

El escritor Max Aub, de reconocido valor intelectual en la literatura moderna española, incorpora a su selecta bibliografía teatral y poética, las memorias de este extraño personaje, digno de Azorín y de Valera, en un elegante y pulido volumen de estructuración romántica en su contenido y en su presentación topográfica. La extraña psicología de este hombre que más que a nuestro siglo parece pertenecer por el complejo de su alma atormentada por una pasión amorosa que cae en los linderos de la aberración, a los de las postrimerias del xix, tiene planos y recobros de enjundiosa observación espiritual. El estilo es rotundo, cortado, afirmativo y de gran pureza lingüística, aun cuando las palabras más castizas de nuestros clásicos dejen la impresión de golpes de fusta. Hay mucho de autobiografía en estas páginas íntimas de Petreña, escritor que pasó por la vida sin fijar su destino en las letras, a causa de una mujer que jugó con su conciencia, empleando el arma de la debilidad, y envolviendo la existencia vencida de este desventurado que se ahogó a la vista de Palma de Mallorca, en las aguas del Mediterráneo, sudario de su extravagante destino.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO

TAREAS DEL «CIPRÉS»

Aunque un poco tardíamente, queremos recoger aquí el sentido homenaje que la Tertulia del *Ciprés*, de Burgos, le dedicara, entre la primavera y el estío, a los músicos ciegos burgaleses, del siglo xvi, Francisco Salinas y Antonio Cabeçon. Ya en su día ISLA se unió en espíritu al delicado y justo homenaje, correspondiendo a la cordial invitación de los cipresianos. Quede aquí consignado, en letras de simpatía, cuán fervorosamente seguimos a tales amigos en esas espirituales fiestas conmemorativas. Haciendo fervientes votos porque otras ciudades aprendan a honrar de tan limpia y bella manera a sus grandes valores pretéritos. Porque, como los del *Ciprés* desean y persiguen con su ejemplo, el homenaje a Cabeçon y Salinas—¡cómo el espíritu de Fray Luis, allá en el «inmortal seguro», temblaría de jubilosa emoción!—sea el punto de partida de un nuevo rumbo en nuestra vida de españoles olvidados y apáticos».

SALUDO FRATERNAL

Decididamente vivimos hoy una espléndida primavera de revistas. Revistas de literatura joven que cruzan en el aire de España sus palmas de entusiasmo. Continuamente están apareciendo publicaciones nuevas y llegándonos el anuncio de otras próximas. Últimamente han salido. *El gallo crisis*, en Orihuela, *A la buena ventura*, en Valladolid, y *Boletín* del Ateneo popular, de Burgos. Bajo la dirección respectivamente de Ramón Sijé, José María Luemo y Francisco Pino y Eduardo de Ontañón, nombre que no necesitan adjetivos encomiásticos. Y ya se anuncian: *Hojas de poesía*, en Sevilla, y *Atayala*, en Navarra. A todas ellas, las aparecidas y las en vía de emprender su vuelo, nuestro fraternal saludo.

También hemos recibido dos revistas: *Azul* y *Surgir*, en las que un puñado de escritores noveles hacen sus primeras armas literarias. También las saludamos cordialmente y deseamos a sus directores, Lices Turriño y Luis de Madariaga, grandes aciertos. Revistas como éstas, que suponen los mayores sacrificios en quienes las hacen, guiados por el natural deseo de darse a conocer y salir del anonimato literario, merecen todas nuestras simpatías. Luego, de cuantos escriben en ellas, sobresaldrán dos, tres, en tanto los nombres de los demás, que sólo escriben obedeciendo a momentáneos impulsos o que no quisieron o no supieron escoger la verdadera ruta, se perderán en el olvido. Es bastante. Y el ir viéndolo, número tras número, quienes son los llamados a conseguir el reconocimiento literario, quienes lo han logrado esforzadamente, superándose cada día, es uno de los mayores encantos que la lectura de estas revistas noveles nos ofrecen.

P. P. C.

¿SERA VERDAD?

Tenemos entendido que se trata de organizar en Cádiz una Exposición de los grandes pintores valencianos Genard Lahuerta y Pedro Sánchez, ya ungidos con el elogio de la mejor crítica. Desde luego nos consta el vehemente deseo de estos artistas de presentar su obra a la culta curiosidad gaditana. ¿Veremos el proyecto convertido en venturosa realidad? No dudamos que los centros culturales de la ciudad, como el Ateneo, darán toda clase de facilidades para que así suceda. ISLA, alentadora de toda empresa de arte nuevo, se alborozaba ante el posible acontecimiento, y ni que decir tiene que en sus páginas hallaría éste el eco y la resonancia que merece. Precisamente damos en este número como suplemento, una hoja dedicada al arte magnífico de Lahuerta y Pedro Sánchez.

ALEGRÍA DE LAS REVISTAS

Con este título ha publicado nuestro compañero Rafael de Urbano en *La Verdad*, de Murcia, un bello trabajo, en loor de las revistas jóvenes españolas. Queremos recoger aquí algunos párrafos. «En 1932 aparece ISLA, hojas de arte y letras, que desde Cádiz lanza a todos los caminos colores líricos. Ya está aquí un nuevo cielo. Parecía que volvía a resucitar el vuelo de las revistas desaparecidas, aunque con otros nombres, pero este parecer era solo de ojos con arenillas. No. Tras ISLA van apareciendo nuevos nombres y nuevos esfuerzos. En un mapa que tenemos frente a nuestra mesa de trabajo van clavándose de mes en mes desde entonces banderitas de entusiasmo: Cádiz, Madrid, Barcelona, Tenerife, Albacete, Zaragoza... Pero todo esto de hoy no tiene que ver nada con lo de ayer. Registremos el intento de resurrección de *Mediodía*, en Sevilla, y cómo vuelven a desaparecer las hojas del grupo simpático... Y es que los poetas hacen versos pero no hacen milagros. Días a días los nombres nuevos con que vuelan estas revistas se afianzan más y más en sí mismos, porque llevan ilusiones, esfuerzos, tanteos, ensayos, ¡alegría de hoy! Como aquellas revistas de ayer eran alegría de su momento, pasado. Y de todas estas revistas que más tarde o más temprano irán a desaparecer en el tiempo, de donde vinieron, quedará, como de toda alegría, un buen o mal sabor de boca.»

ISLA, *Azor*, *Eco*, *Literatura*, *Agora*, *Noreste*, *Frente Literario*... Aquí nombres al vuelo de esas portadas que ya de por sí quieren matiz, color, calor... ¡Alegría de las revistas jóvenes! ¿Por qué no más atención a ellas esas plumas que tanto mimo ponen en hablarnos en los periódicos españoles de las extranjeras?...»

HANS TOMBROCK

Ha pasado por Cádiz el gran pintor alemán Hans Tombrock. Precisamente estos días prepara una monografía sobre él la *Gaceta de Arte*, de Tenerife, con lo que su pintura, de ricas calidades modernas, hallará en nuestro país una justa y exacta divulgación. Saludamos al distinguido artista con motivo de su visita, y le deseamos todos los éxitos que sus altas cualidades merecen.

REGISTRO DE REVISTAS

CRUZ Y RAYA. 19. Madrid.—Benjamín Jarnés: *Giotto, raíz viva de la pintura*; Ramón Sijé: *El golpe de pecho o de cómo no es lícito derribar al tirano*; José María de Cossío: *Los sonetos amorosos de Camoens*; *La Filomena* (preámbulo y versión castellana de Fray Luis de Granada); *Criba*; *Cristal del tiempo*; *Color de luna*.

REVISTA DE OCCIDENTE. Septiembre 1934. Madrid.—J. Huizinga: *Desarrollo de la ciencia histórica desde el comienzo del siglo XIX*; Benjamín Jarnés: *Hombre del Sinaí*; Augusto L. Mayer: *El Escorial y Felipe II*; Eduardo Spranger: *El hombre social*; Notas de Pitaluga, Lino Novás Calvo, Guillermo de Torres.

LITERATURA. Número 4. Madrid.—Benjamín Jarnés: *Un clima pictórico*; José M.^a Alfaro: *Dos poemas de amor*; José Luis Sánchez-Trincado: *La tragedia del augur*; Ildefonso Manolo Gil: *Poema*; José Antonio Maravall: *Pasión y vida de José Bergamín*; Rafael Laffón: *Poesías*; Rafael de Urbano: *La conquista de la cultura*; José Ramón Santeiro: *Esa luz impasible*; Andrés Ochando: *Baladas del «Quijote»*; Notas; Índice de Revistas.

EL CALLO CRISIS. Núm. 2. Orihuela.—Francisco Díez: *Alegoría*; Miguel Hernández Giner: *A María Santísima y La Morada-amarilla*; *Sermón de Fray Luis de Granada en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora*; Ramón Sijé: *La flauta del encantador y La Religión de María*; «El Gallo Crisis» y los sordos, *Las verdades como puños*, *La novela del Belén o el barroco temporal y el eterno barroco*, *Atalaya hacia España o el arte de ser nación*; José M.^a Quílez y Sanz: *Pasión y compasión en el concepto de propiedad* (cuaderno aparte).

GACETA DE ARTE. Número 29. Tenerife.—Eduardo Westerdahl: *Pintura española*; José Gutiérrez Solana: *Documentos: El caso Brancusi U. S. A. ante los Tribunales de los EE. UU. en 1927*; Luis Castellanos: *La pintura soviética de hoy*; Willi Baumeister: *Prólogo a mi obra*; Gutiérrez Albelo: *Los frutos lejanos*; G. A. y sus notas; *Debates: El Arte y lo social: La teoría marxista del arte en la Rusia soviética*.

REVISTA HISPANICA MODERNA (Boletín del Instituto de las Españas). Número 1. New York-Alicante.—William R. Shepherd: *Hacia la amistad triangular*; *La literatura de hoy*; F. O.: *Julián Ribera*; A. del Río: *Miguel de Unamuno: Vida y obra*; S. C. Rosebaum: *Bibliografía de Unamuno*; M. C. Benardete: *Personalidad e individualidad de Unamuno*; Libros nuevos; Noticias literarias; Bibliografía hispanoamericana; Notas varias sobre hispanismo; Actividades del Instituto escolar.

NUMERO 3. México. — Francisco Orozco Muñoz: *Regreso a Brujas*; Max Enriquez Ureña: *John Masefield*; José Juan Tablada: *Magneyes y nopales*; René Daumal: *Jeu d'enfand*; Jorge Cuesta: *La crítica desnuda*; Guillermo Jiménez: *La danza en Oriente*; Notas; Libros recibidos. Fuera del texto: *Plaza de Loreto*. Dibujos de Agelina Beloff.

ECO. Número 9. Madrid.—Carlos y Pedro Caba: *La rehumanización del Arte*; Rafael Vázquez Zamora: *Jirones*; F. Martínez de Laguna: *Una obra de Dickens ve la luz por vez primera en nuestros días*; Miguel Pérez Ferrero: *Cómo son y cómo debían ser las páginas literarias de nuestros diarios*; *Nuevas lecturas*; Libros y revistas del extranjero; Suplemento I a *Eco: La novela y su mundo*, por Ramón Ledesma Miranda.

A LA NUEVA VENTURA. Tercer número del verano 1934. Valladolid.—Maruja Falena: *Voz del viento*; Raimundo Gaspar: *Poema*; Francisco Pino: *Vidrio cerca y Cárcel de hálitos*; N. Sanz y Ruiz de la Peña: *Madrugada en tu anhelo*;

Francisco Martín y Gómez: *Tonadilla marinera*; José María Luélmo: *Balados*; Enrique Azcoaga: *Sueños del agua*; Dibujo de Javier Ciria.

NORESTE. Número 8. Zaragoza.—Juan Lacomba: *Evasión a Oriente*; Jan Sluyters: *La moderna pintura española*; Takashi Okada: *Estampas de Tokio*; Raimundo Gaspar: *Anunciación*; Leopoldo Parero: *Poesía*; Carlos María de Vallejo: *Poesía*; *Hondero en acción*; Libros y Revistas. Actividades. Dibujo de Climet.

AGORA. Número 2. Albacete.—Eleazar Huerta: *El sueño nómada*; Benjamín Jarnés: *La siesta de un fauno*; Alfredo Marquerie: *Súbito amor en la calle*; Alejandro Casona: *Estampa marinera*; Feliciano Roldán; *Poemas*; Ricardo Gullón: *Presencia de espíritu*; Raimundo de los Reyes: *Momentos campesinos*; José S. Serna: *El hombre que murió de un discurso*; Matias Gotor: *Aroma de virgen*; Ildefonso Manolo Gil: *Poemas*; Enrique Azcoaga: *Grimpolas*; T. Seral y Casas: *Elegía a la reina muerta de Holanda*; Agustín Sandoval: *Dos momentos*; Juan Estelrich: *Clasicismo y misión cultural*; Escaparate literario: Libros; Revistas.

REVISTA DEL ATENEO. Número 67. Jerez de la Frontera.—Pelayo Quintero: *Pintores jerezanos: Juan Rodríguez «El Panadero»*; Olga Briceño: *Arte flamenco, Rubens*; Mariano García Hortal: *Esencia; Resúmenes y Referencias*; J. Ruiz Peña: *Esquema lírico de un cantar andaluz*; P. Pérez Clotet: *El pájaro del mar*; Alcázar de Jerez: *Un torreón*; José Vázquez Villagrán: *Negocio infernal*; *Páginas escogidas: El vino de Jerez*; Alberto Matos (hijo): *La cueva de «La Pileta»*; *Materiales para la historia de Jerez: La Plaza de Toros*; Manuel

Esteve Guerrero: *Notas para la historia de la Cartuja de Nuestra Señora de la Defensa*; Bibliografía de historia de Jerez; Vida del Ateneo; Miscelánea; Bibliografía.

FRENTE LITERARIO. Número 4. Madrid.—Edmond Vandercammen: *Paisaje*; Jorge Guillén: *Las llamas*; Rodríguez Duarte: *Mañana*; Olivares Figueroa: *Romance del gato enamorado*; Pérez Creus: *Romance de la lluvia*; Mediano Flores: *Poema*; Rogelio Buendía: *Oasis junto al mar*; Ivan de Tarfe: *Frente literario*; Amo Algara: *Juan Figueroa y el cine*; Ledesma Miranda: *Tren hacia el Sur*; Vázquez-Zamora: *En 1934 ya no está Biely*; Sánchez-Trincado: *Sr. Rector y Chatterton, el viejo humorista*; Rafael de Urbano: *Lyser hermano del Aire*; Cesar A. Comet: *Paisaje*; Seral y Casas: *Letanias a Martene Dietrich*; Burgos Lecea: *Revista de libros españoles e ingleses*; Julio Angulo: *Marcha nupcial*; Enrique Azcoaga: *Pedro Salinas, «La voz a ti debida»*; *El mapa literario al nacer «Frente»* (dibujo); Dibujos de Vicente.

LA REVISTA AMERICANA. Número 126. Buenos Aires.—Miguel Domínguez: *Alberti, precursor de las ideas modernas*; María Alex Urrutia Artieda: *¡Otra vez la lluvia!*; Alejandro Andrade Coello: *El aislamiento del genio*; Pedro Legrand: *En plena confusión pictórica*; *Folklore salvadoreño: Bombas* (Recopilación de Francisco Espinosa); María Angélica Bosco: *El mayor triunfo de Roberto Bradley*; V. Lillo Catalán: *Horas del hogar*; Bibliografía; Publicaciones y libros recibidos.

THE LITERARY WORLD. Núm. 8. Nueva York.—Arnol Zweig: *War and the Writer*; Carlo Linati: *Concerto with Viation*; Rainer María Rilker: *Letter too a Young Poet*; *International Flashes...*; Antonio de Obregón: *Feuilleton*; B. Dolev: *A Royal*; Repertoire Book Reviews.

EL LIBRO Y EL PUEBLO. Abril de 1934. México.—Alfonso Reyes: *Nosotros*; Leonor Llach: *Tres escritoras mexicanas*; Pedro Henríquez Ureña: *Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz*; B. Ortiz de Montellano: *México en «La Serpiente Emplumada» de D. H. Lawrence*; Notas; Referencias; Últimos libros mexicanos o sobre México.

A V I S O

Con el presente número termina la suscripción a los seis primeros Cuadernos de ISLA. Los que deseen prorrogar su suscripción por otros seis, deben advertírnoslo y enviarnos su importe.

GENARD LAHUERTA

♦ PEDRO SÁNCHEZ

Tienen los cuadros de Pedro Sánchez y Genard Lahuerta mucho sentimiento y espontaneidad.

Yo soy partidario de los modos pictóricos más libres e impresionistas, y no niego que aprecio también la forma abstracta cuando es sentida.

Me regocija ver que Genard Lahuerta alcanza en su arte una realización personal y bien española del mejor gusto internacional. Amo sus lienzos de mar; son muy buenos. He ahí un camino que le llevará lejos.

En las pinturas de Pedro Sánchez, como en las de su amigo Genard Lahuerta, se ve un magnífico esfuerzo por alcanzar la realidad a través de la abstracción del estilo. Y puesto que se trata de la realidad ideal del arte toda confianza se le es debida. En sus lienzos de mujeres levantinas hay mucha solidez y mucha poesía.

LIONELLO VENTURI

París, Octubre 1933.



"Marta y María"
Pedro Sánchez



"Leñador junto
a un lago"
Pedro Sánchez

"El poeta Vallejo"
Genard Lahuerta

"Nostalgia"
Genard Lahuerta





SUMARIO

Cifra de la mañana, por P. Pérez Clotet.

Primavera en el cielo, por Manuel Díez Crespo.

Notas para una teoría del libro, por José Antonio Maravall.

4 flechas de cristal, por Andrés Ochando.

Flechas espumadas, por Juan Panero Torbado.

Romances, por Vicente Carrasco.

Elegía a los sombreros de mi madre, por Juan Gilbert.

Poemas, por Juan Ruiz Peña.

Ronda infantil de las lagartijas, por R. Olivares Figueroa.

Nuevos Microgramas, por Jorge Carrera Andrade.

Presencia antigua, por Ildefonso Manolo Gil.

Ficción de los otros en mí, por Gabino Díaz de Herrera.

Solo y mudo, por T. Seral y Casas.

Poema, por Antonio Sánchez-Barbudo.

Poema de la luz abstracta, por Dictino de Castillo-Elejabeytia.

Fechas de ayer y de hoy, por José Luis Sánchez-Trincado.

Notas: La multiplicidad expresiva de José María Pemán, por Rafael de Urbano.

T. S. H.

Cádiz : 1935
Imp. Salvador Repeto
Marqués de Cádiz, 5

2 Ptas.